

espirituales. Allí quedarán encadenados á los piés del invicto Miguel el furor del infierno, el aguijon de la muerte y el poder de las tinieblas; porque él es, segun me propuse demostrar al principio de este discurso, un ángel de paz, que así como fué elegido para defender la gloria y majestad de Dios en el cielo, es tambien un celosísimo protector de los que le honran y veneran sobre la tierra.

Reconoce pues tu gloria, ó pueblo fiel; ella está cifrada en haberte destinado la Providencia por protector insigne el ilustre arcángel san Miguel. Reconozcan todos los deberes que hácia él han contraído; y el jóven y el anciano, y la tierna doncella, no ménos que la virtuosa madre, ofrezcan hoy sus votos al Señor en este templo santo por las manos del celestial arcángel. Jamas se aparten de vuestra memoria sus beneficios, ni cesen de día y de noche vuestros cánticos de gratitud y alabanza. Sea él vuestra guía en las dudas y perplejidades; vuestro consultor en las empresas arduas y difíciles: vuestro modelo y ejemplar en el celo ardoroso con que defendió los intereses de la gloria del Señor. Por último, en señal de gratitud, de reconocimiento y de amor, deponed sobre el ara santa vuestros enternecidos corazones.

Aceptádos, ó santo arcángel; y sirva para recordaros en todo tiempo el empeño que habéis contraído de ser siempre el protector benéfico de este pueblo, que con lágrimas implora hoy vuestra mediacion. Mirád pues propicio á todos estos, que hoy se hallan congregados á ofrecerte sus anuales obsequios. Y pues sois el primer ministro del Rey de las eternidades, á quien este encargó las almas de sus escogidos, y cuya intercesion, como canta hoy la Iglesia, conduce á los hombres al reino de los cielos (1), no ceséis de orar por vuestros protegidos; á fin de que despues de haberos ofrecido en este santo templo el tributo de nuestra gratitud y cordial afecto, llegue un día, en que nos hallemos con vos reunidos en el templo inmortal de la gloria. Amen.

(1) *Eccles. in RR. Lect. 4 et 5 ofc. huj. diei.*

DISCURSO

PARA EL DIA

DE SAN RAFAEL ARCÁNGEL.

(DE TRONCOSO.)

Ego sum Raphael angelus, unus ex septem qui adstantur ante Dominum... Cum essem vobiscum, per voluntatem Dei eram: ipsum benedicite, et cantate illi.

Yo soy el ángel Rafael, uno de los siete que asistimos delante del Señor... Mientras he estado con vosotros, he estado por disposicion de Dios: bendecidle pues, y cantád sus alabanzas.

Tobias, c. 12. v. 15 y 16.

Comprometido hoy á formar el panegírico de nuestro ilustre arcángel san Rafael, confieso, señores, que no es tanto la falta de ideas la que me abruma y confunde, cuanto su misma multiplicidad, que aglomerándose á la vez en mi imaginacion, ofusca mi mente y produce una dificultad suma en la eleccion. Leía yo y releía lo que acerca de este espíritu celeste nos legaron las sagradas páginas, y cada vez una nueva idea venia á trastornar las que ántes habia concebido. Preciso fué pues elegir la que mas oportuna me pareció, atendidas siempre las actuales necesidades de la época. Vedla aquí.

Siglos há que entre los hombres se oye hablar de una virtud, cuyo origen remonta hasta la eternidad misma, pues que ella está identificada con el mismo Dios. Dios es caridad, ha dicho el apóstol y evangelista san Juan; y esta es aquel lazo que estrecha á todos los seres con su Criador, haciendo que con él permanezcan para siempre: *Deus charitas est, et qui manet in charitate in Deo manet* (1). Para demostrar pues su origen exclusivamente divino, y prevenir las argucias de una ciencia,

(1) *I. Joan. c. 4. v. 16.*

que apareciendo un día en el mundo, había de proclamar un espectro de virtud, que se parecería á aquella solo en haber adoptado un nombre pomposo cuanto insignificante, plugo al Señor manifestarla desde el principio de los tiempos, puesta en acción por el ministerio de aquellos sublimes espíritus, que en derredor de su trono eternal cantan sin cesar himnos de triunfo al Dios del amor.

En efecto, si estudiáis á fondo aquel divino libro en que se hallan marcadas todas las grandes verdades, hallaréis una que no podrá jamas ser desmentida por la crítica mas suspicaz y descontentadiza. No hablo, señores, de la existencia de estos celestiales espíritus, que bajo la denominacion comun de ángeles reconoce y venera el cristianismo, y que, si bien cubierta con tinieblas y sombras mitológicas, se halla en las leyes del mismo Confucio, y ha formado una parte de las antiguas creencias de los chinos, no ménos que de los habitantes del Mar bermejo (1). Hablo únicamente del ministerio que siempre han ejercido respecto de los hombres, el cual ha sido el de una beneficencia que les ha hecho reconocer como los mensajeros del Eterno.

Si Agar, fugitiva de la casa de su señor, mira llena de desconsuelo y amargura desfallecer á su hijo en fuerza de una sed que le devora, un ángel se le aparece y le manifiesta un pozo de agua viva, con que poder abreviar á su pequeñuelo Ismael y arrancarle del borde de una muerte próxima é inevitable (2). Si Daniel gime arrojado en el lago de los leones, víctima de un príncipe impío, un ángel toma por los cabellos al profeta Abacuc, y trasportándole instantáneamente de Judea á Babilonia, proporciona á aquel jóven virtuoso el alimento necesario, para que no sucumba al hambre que le acongoja (3). Si Elías huye despavorido de la presencia de una reina orgullosa y procaz, que, maquina su exterminio, un ángel le conforta, un ángel le anima y se declara su protector (4). Mas no hay por qué desentrañar los fastos de la historia para aducir pruebas en confirmacion de nuestro aserto: es indisputable que la mision sublime de los ángeles ha sido siempre la caridad; la de protectores de los hombres, la de verdaderos amigos de la humanidad.

(1) Véase á Roselly de Lorgues en su obra, *Cristo á presencia del siglo*, cap. 11. (2) *Genes. c. 21.* (3) *Dan. c. 14.* (4) *III. Reg. c. 9.*

Y cuando esto no fuese un hecho tan palpable y manifiesto, bastaría fijar la vista en ese divino arcángel, que hoy motiva estos solemnes cultos, para quedar convencidos de esta verdad. Leed el libro de Tobías; seguid atentamente los pasos de ese celestial espíritu con respecto á aquel jóven de la tribu de Nef-tali, y hallaréis que todas sus acciones tienden directamente á darnos la idea mas brillante y justa de aquella virtud, que forma como la esencia misma del supremo Ser; de aquella caridad que, teniendo todos los caracteres de divina, jamas podrá ser confundida con ese amor de la humanidad, que la ciencia racionalista ha pretendido presentar al mundo como un don precioso: pero que, por sus resultados funestos, no ha dejado duda alguna de su origen terrestre y puramente humano. Con efecto, señores, Rafael ha llenado completamente el significado etimológico de su nombre, que segun el texto hebreo, significa *medicina de Dios*. Y esto, no tanto por haber sido el ministro que el Señor destinó á curar las enfermedades corpóreas, como lo ejecutó en varias ocasiones, y especialmente restituyendo la vista al anciano Tobías; cuanto por haber sido aquel que, ejerciendo con el hijo de este hombre virtuoso todos los oficios de un amigo verdadero, ha dejado al mundo el retrato de la verdadera beneficencia, como un antídoto el mas oportuno, para curar las llagas profundas que ha causado á la humanidad la pretendida beneficencia filosófica, é iluminar la ceguedad del humano entendimiento, iluso y preocupado acerca de una virtud, que estrechando los lazos sociales, debe hacer su verdadera y positiva felicidad. Bajo carácter tan sublime considero yo á nuestro divino arcángel san Rafael. La idea os parecerá tal vez rara y peregrina; pero debo confesaros que es la que mas impresion ha causado en mi mente, cuantas veces he leído los rasgos que acerca de él nos ofrecen los sagrados Libros. No haré pues en esta mañana sino presentaros algunos de ellos, y creo no podréis ménos de convenir conmigo, que nuestro arcángel se manifiesta en todas ocasiones, como el símbolo visible de la caridad cristiana; como la caridad en acción, y el amigo verdadero del hombre. Tal es mi propósito.

Á vos, soberano Monarca de los ángeles, que sois el Dios del amor y el autor de la caridad; á vos recorro en este instante, suplicándoos os dignéis purificar mis labios, para hablar dignamente de un asunto tan edificante para mis oyentes, cuanto

glorioso para vos mismo. Escuchád en mi favor los fervientes ruegos de vuestra divina Madre, cuya mediacion imploro con las sublimes palabras del celestial parainfo : *Ave María*.

REFLEXION ÚNICA.

Parece, señores, que de la beneficencia filosófica se dijeron aquellas sublimes palabras, que se leen en el capítulo sexto del Eclesiástico : *Est amicus secundum tempus suum, et non permanebit in die tribulationis*. « Hay una clase de amigos que « solo lo son, cuando les tiene cuenta, y que no permanecen « tales en el dia de la tribulacion. » Efectivamente, señores, la verdadera beneficencia exige sacrificios, y estos de ningun modo puede inspirarlos la ciencia racional. Los motivos que la inducen á obrar, son puramente humanos; y como tales, ni pueden ser constantes, ni verdaderos, ni eficaces. El interes personal y la gloria que de una buena accion puede resultar á quien la ejecuta, son por decirlo así, el eje giratorio de la beneficencia puramente humana, y estos dos motivos ¿ pueden acaso inspirar aquella sensibilidad tierna y compasiva, que simpatiza con el infortunio, y aquella abnegacion que conduce á sacrificar sus mas caras afecciones y sus deseos mas racionales, por el único y exclusivo deseo de servir á sus hermanos? No se ve por el contrario que un egoísmo, el mas glacial, es por lo comun el único resultado de esa llamada filantropía, que monopolizando la libertad humana, mas de una vez ha vendido su beneficencia á precio de sangre y de lágrimas? ¿ Cuán léjos está de estos vicios la caridad cristiana! Ella no busca sus intereses, sino los de Dios; ni tiene en cuenta su propia gloria, sino el bien de la humanidad. Pasemos en silencio las pruebas que á millares pudiéramos aducir en confirmacion de nuestro aserto, y busquemos en nuestro ilustre arcángel san Rafael ese desinteres sublime, y esa heróica abnegacion que caracterizan de divina la beneficencia del Evangelio.

Desinteres. Disponíase el jóven Tobías á hacer un viaje al país de los medos, en cumplimiento de los preceptos de su anciano padre, y solo le angustiaba el haber de caminar solo por una tierra, para él extranjera y desconocida. Mas hé aquí que el ángel Rafael le sale al encuentro bajo el aspecto de un ga-

llardo jóven, que estaba ya con el vestido ceñido y como á punto de viajar. Tobías, sin saber que era un ángel de Dios, saludale cortésmente, y le dice : « ¿ De dónde eres, buen mancebo? Á lo que respondió : De los hijos de Israel. — ¿ Sabes el « camino que conduce al país de los medos? — Lo sé, y muchas « veces he andado todos aquellos caminos, y me he hospedado « en casa de Gabelo nuestro hermano, que mora en Rages, ciudad situada en las montañas de Ecbatana (1). » Corre el jóven Tobías á noticiar á su padre el feliz encuentro que acaba de tener, y al punto envía este á rogar á Rafael, que éntre en su casa; y despues de una salutacion afable, dícele : « ¿ Podrás acaso llevar á mi hijo á casa de Gabelo en Rages, ciudad de los medos? Yo te pagaré tu salario á la vuelta (2). » Admirád aquí, católicos, un bello rasgo del desinteres que inspira la caridad cristiana, en contraposicion al interes que es el primer móvil de la beneficencia puramente humana. Desentendiéndose completamente el ángel de las palabras del padre de Tobías, en que le hablaba de la recompensa de sus servicios, solo hace atencion á su único objeto, que es la conduccion del jóven; y cual si á él no hubiesen sido dichas, contesta únicamente : « Yo llevaré á tu hijo á donde me dices, y te le volveré á traer acá (3). Oh! no es este el idioma de la decantada filantropía filosófica. ¿ Visteis alguno de sus adeptos ocultar con astucia la mano que beneficiaba á sus semejantes, y mucho ménos retirarla, cuando en cambio de sus servicios se le ofrece la recompensa? ¿ No es tambien una propiedad inseparable de esos hombres que se dan el título de amigos de la humanidad, el hacer una lujosa ostentacion de sus beneficios, abultando tal vez los hechos, ó cuando ménos proclamándolos altamente, y dándoles una especie de inmortalidad por medio de la imprenta? No así la caridad cristiana cuyo lema es : « Guardáos de hacer vuestros servicios en presencia de los hombres con el fin de que os vean; « de otra manera no recibiréis su galardón de vuestro Padre, « que está en los cielos. Y así cuando hiciereis el bien, no lo « publicuéis á son de trompeta, como lo hacen los hipócritas, « á fin de ser honrados de los hombres. Obrád de modo que « vuestra mano izquierda no perciba lo que hace la derecha (4) »

(1) *Tob. c. 5. v. 5 ad 8.* (2) *Ibid. v. 14.* (3) *Ibid. v. 15.*
(4) *Matth. c. 6. v. 1. ad 4.*

¡Cómo resplandece esta bella doctrina en la conducta del ángel Rafael respecto á su recomendado! En vano el anciano padre de Tobías pretende inquirir la familia y tribu á que el ángel pertenece. Rafael, cuyo único objeto es el de hacer el bien sin consultar á su interes personal, ni aún quiere descubrir el origen de donde nace el beneficio, y contesta á la pregunta del anciano con unas palabras que caracterizan el heroísmo de aquella caridad divina, de que es ministro sobre la tierra. « ¿ Buscas tú, le dice, el linaje del jornalero, ó la persona del jornalero que vaya con tu hijo? (1) » Ó lenguaje sublime! ó idioma divino! Ved ahí, amados oyentes, la verdadera beneficencia; ved ahí el objeto de la caridad. Su interes consiste únicamente en los bienes eternos; todo lo terrenal lo mira como escoria, y ni aún merece su menor atencion. Servir á sus prójimos por Dios, sacrificar su reposo, sus comodidades y tal vez su propia existencia, por conservar la ajena; hacerse el conductor de la juventud y el protector de la inocencia; tales son las lecciones que enseña esa celestial sabiduría; pero sin que en todas estas acciones se mezcle jamas ese sórdido interes que las desvirtúa y las hace odiosas á los ojos del Dios del amor. Por eso el ángel Rafael, como ministro suyo y representante de su caridad con los humanos, no atiende en sus obras mas que al interes de aquellos, á quienes en su nombre favorece; y si al fin satisface en algun tanto la curiosidad del padre de Tobías, es únicamente para calmar las dudas que pudieran ofrecérsele, y alejar los justos temores que pudiera inspirarle el confiar su hijo á una persona desconocida. Dícele pues: « Por no ponerte en cuidado, yo soy Azarías, hijo de Ananías el grande: » *Ne forte sollicitum te reddam, ego sum Azarías, Ananiæ magni filius* (2).

Seguid, católicos, á nuestro ilustre arcángel; contempladle, ya en las riberas del Tigris alentando la timidez del jóven Tobías contra el pez monstruo que intentaba devorarle; ya disponiendo el medio de restituir la vista al anciano padre con la hiel del mismo pez, que el jóven por su mandado hizo morir palpitante á sus pies (3); ora proporcionando á su confiado un enlace digno de su rango y virtud con Sara la hija de Ragüel, que debia llenar los deseos y esperanzas de sus virtuosos padres; ora

(1) *Tob. c. 5. v. 17.* (2) *Tob. c. 5. v. 18.* (3) *Tob. c. 6.*

instruyéndole en el modo de conducirse con su consorte á fin de merecer las bendiciones del cielo y lanzar de sí la ira del Señor (1); bien sea encargándose de ir á cobrar de Gabelo la deuda, que habia sido el motivo principal del viaje (2); bien en fin restituyendo sano y salvo á sus desconsolados padres aquel hijo, por quien tantas lágrimas derramaran durante su ausencia, y llevando la alegría y el verdadero gozo á aquel hogar, en donde poco ántes no resonaban sino los lamentos, ayes y suspiros de un corazon maternal (3); ¿y qué otra cosa hallaréis en todos estos beneficios del santo ángel Rafael, sino la caridad de aquel Dios, que siendo el monarca supremo de las celestiales inteligencias, quiso elegir á este nobilísimo espíritu, para manifestar á los hombres los verdaderos caracteres que distinguen la cristiana beneficencia de la beneficencia puramente humana?

Esta, ademas del interes propio, que es el primer móvil de su bien obrar, mira, como dijimos, á la gloria que puede resultar de las acciones respecto de los hombres, á quienes se dirigen. La beneficencia cristiana por el contrario solo busca la gloria de aquel, á quien ella es debida en los cielos y en la tierra. Y ved aquí lo que de la manera mas positiva nos manifiesta nuestro soberano arcángel, al concluir, respecto del jóven Tobías, la mision que le confió el Señor. Ya se acercaban al término de su peregrinacion, é iban en breve á llegar al punto de donde habian salido. Los padres del jóven viajero esperaban impacientes el momento de estrechar contra su seno á aquel, cuya tardanza redoblaba cada vez mas su sentimiento. Rafael aconseja á Tobías á separarse del resto de la comitiva, para abreviar en lo posible los deseados momentos que debian calmar la angustia de Ana y de su esposo. Ejecútanlo así, y luego que estuvieron ya próximos á la ciudad, el santo conductor dice á Tobías: « Al punto que entrases en tu casa, adora en seguida al Señor Dios tuyo, y despues de haberle dado gracias, acércate á tu padre y bésale; é inmediatamente unge sus ojos con esa hiel del pez que traes contigo; porque has de saber, que luego se le abrirán, y verá tu padre la luz del cielo (4). » Qué palabras tan bellas! ¿Quién duda que ellas solas bastan para conocer el origen celestial de la caridad? ¿Quién sino Dios

(1) *Tob. c. 7.* (2) *Tob. c. 9.* (3) *Tob. c. 11.* (4) *Tob. c. 11.*

puede inspirar este lenguaje tan singular? Pero no solo con las palabras demuestra nuestro arcángel, que la gloria de Dios es el único objeto que debemos proponernos en todas nuestras buenas acciones para con nuestros prójimos, sino que lo evidencia aún mas con las obras; porque estas son el alma, y por decirlo así, la esencia de la verdadera virtud. Ya el anciano padre de Tobías había tenido el indecible gozo, no solo de abrazar, sino de ver á su querido hijo; ya la afligida madre, después sus temores, disfrutaba de la presencia del que tantas veces había llorado víctima de algun acontecimiento funesto. Rafael había llenado su deber, y cumplido la palabra que les había dado de restituirles sano y salvo al objeto de su amor y de sus esperanzas. Entónces este, deseoso de manifestar su gratitud á aquel su bienhechor, á quien tan deudor se consideraba, hace á su padre una enumeracion de los beneficios recibidos y le dice: «Padre mio, ¿qué recompensa será suficiente para galardonar á este varon santo que me ha acompañado? «Él me ha llevado y traído sano y salvo; él mismo en persona «cobró el dinero de Gabelo; él me ha proporcionado esposa, y «ahuyentó de ella al demonio, llenando de consuelo á sus padres; él me libró de un pez horrendo que me iba á tragar; él «te ha hecho ver á ti la luz del cielo; todos en fin hemos sido «colmados por medio de él de toda suerte de bienes: ¿qué podremos pues darle que sea proporcionado á tantos favores? (1)» Así expresaba aquel virtuoso jóven los sentimientos de justa gratitud que animaban su religioso corazon. Su padre, animado de idénticos afectos, desea por su parte manifestar al conductor de su hijo cuán agradecido está de los buenos servicios que le ha prestado. Llámale aparte, y le ruega con instancia que se digne aceptar la mitad de lo que poseían como una leve muestra de su agradecimiento. En vano: aquel genio benéfico uniendo al desinterés el desprecio de su propia gloria, no solo rehusa las ofertas de sus beneficiados, sino que léjos de atribuirse á sí el honor de todo cuanto bueno había hecho en obsequio de aquella familia, todo lo atribuye á Dios, para hacer brillar su gloria. «Benedicid, les dice, al Dios del cielo, «y glorificádle en presencia de todos los vivientes, porque ha «hecho resplandecer en vosotros su misericordia. Porque así

(1) Tob. c. 12, v. 1, 2 et 3.

«como es bueno tener oculto el secreto confiado por el rey, es «cosa muy loable el publicar y celebrar las obras de Dios... Por «tanto voy á manifestaros la verdad, y no quiero encubriros «por mas tiempo lo que ha estado oculto... Yo soy el ángel «Rafael, uno de los siete espíritus principales que asistimos delante del Señor. Miétras he estado con vosotros, lo he estado «por voluntad y disposicion de Dios; bendicidle pues, y cantád sus alabanzas. Parecia á la verdad que comia y bebia con «vosotros; mas yo me sustenté de un manjar invisible y de una «bebida que no puede ser vista de los hombres. Ya es tiempo «de que me vuelva al que me envió; pero vosotros bendicid á «Dios, y anunciad todas sus maravillas (1)».

¡Loor pues, prez y gloria inmortal al Dios de la verdadera caridad! exclame aquí todo cristiano, porque solo él puede inspirar sentimientos tan nobles y sublimes. Hacer bien á sus semejantes, llevar la paz, la abundancia y la felicidad al seno de las familias, enjugar lágrimas, derramar toda suerte de beneficios, y procurar que toda la gloria se refunda en el seno de Dios; ah! esta es una ciencia, que jamas pudo ser comprendida por esa secta de hombres, que, llamándose amigos del hombre, solo lo son de sí mismos, porque nunca supieron obrar fuera del círculo de ese yo, por cuyo interés no dudan sacrificar los mas caros intereses y los sentimientos mas generosos del corazon humano. Confúndase pues la racional beneficencia; enmudezca la filantropía filosófica; y al escuchar el nombre de Rafael, reconozca en ese espíritu soberano lo real y positivo de lo que en vano ella pretende parodiar; la expresion verídica de una virtud, que es la segunda providencia de los humanos.

Y nosotros, católicos, fijemos la vista en la idea sublime que nos ofrece nuestro divino arcángel. Subamos con nuestra imaginacion hasta aquella soberana mansion, en donde el anciano de los dias, el Dios de las eternidades reside en un trono de inmensa majestad. Contemplémosle con el profeta Daniel, circundado de millares de millares de celestiales inteligencias que le sirven de ministros; busquemos entre aquellos siete principales espíritus soberanos, que, segun el apóstol de Pátmos, hacen la corte al Cordero, á nuestro divino Rafael, y le hallaremos participando de un modo singularísimo de la claridad de aquel Sol

(1) Tob. c. 12. v. 6 et seqq.

eterno de justicia, que ilumina la celeste Jerusalem. Sí, allí está el grande Azarías que se interpreta *socorro de Dios*, y lo será siempre en favor de los hombres, siempre que estos invoquen su nombre y su benéfica protección.

¿Y á quién podría el hombre acudir con mayor confianza que á aquel celestial arcángel, que, obrando como humano sobre la tierra, se manifestó como la beneficencia en todo su heroísmo? ¿Dudaremos por ventura que él se digne ejercer con nosotros los mismos oficios que con el jóven Tobías? Si de aquellos espíritus que pertenecen á una inferior jerarquía, cuales son los ángeles custodios, dice el padre san Agustín, que siempre están atentos y solícitos á proveer nuestras necesidades; si de todas las celestiales inteligencias en general dijo ya el Rey profeta, que su mision por mandado del Altísimo es la de servir de protectores al hombre en todos sus caminos; ¿cómo podríamos dudar que esta solicitud, esta mision inefable respecto de nosotros sea privativa y peculiar de aquel soberano arcángel, que es conocido en todo el universo bajo un nombre, que debe formar la esperanza de todos los cristianos? Y en efecto, católicos, si buscáis el sentido etimológico de los nombres de los mas ilustres arcángeles, que en la Iglesia católica reciben un culto particular, ninguno hallaréis, que como el de Rafael aliente nuestra confianza. Miguel es interpretado *quién como Dios?* porque su mision especial fué la de luchar con el Dragon infernal, cuando intentó subir hasta el trono del Altísimo y hacerse semejante á él, y lanzó á aquel ángel apóstata con sus infernales ministros á las cavernas del averno. Gabriel significa *fortaleza de Dios*, bien sea porque fué enviado al profeta Daniel para fortalecerle y ayudarle contra las impías maquinaciones del rey de los persas, ó bien porque fué destinado á anunciar á María el misterio de la encarnacion del Verbo en su seno purísimo, y alentar su timidez. Solo Rafael lleva en su nombre el distintivo de la amistad, del amor, de la beneficencia para con el hombre. ¿Necesita este de un consejero que le advierta sus deberes, de un conductor que le guie en los escabrosos caminos de este mundo, de un defensor que le libre de las asechanzas de sus adversarios, de un protector que haga frente á las potestades infernales? ¿Pues en quién mejor podrá hallar todo esto que en aquel, que es la *medicina de Dios* por excelencia, el genio de la caridad, dispuesto siempre á ejercerla con cuantos en él la

buscaren? ¿A quién mejor podrán confiar las madres la tutela de sus caros hijos, que á ese ángel protector, que haciendo con el jóven de la tribu de Neftalí los amorosos oficios de guia, consejero y defensor, le sacó de tantos conflictos, le iluminó en sus dudas, le ayudó en sus empresas, y aún le sirvió en la ejecucion de las órdenes que habia recibido de su padre? ¿A quién mejor tomarian por mentor los jóvenes, que á ese espíritu benéfico que tan bellos documentos de respeto, veneracion, amor y demas virtudes filiales, les ha dejado consignados en los que dió á aquel otro jóven su recomendado, durante su viaje al país de los medos, y en su regreso al hogar paterno? Ah; con qué confianza, con cuánto respeto deben acercarse los hijos de familia á ese genio bienhechor! En él encontrarán un amigo fiel, un consejero imparcial, un conductor seguro, que les enseñará el buen camino por donde deben marchar, ahuyentará los enemigos de su felicidad, los fortalecerá en los peligros, é iluminará sus entendimientos en la eleccion de estado, cuando llegado fuere el tiempo de determinar acerca de un asunto de tan grave importancia, como lo hizo con Tobías. ¡Pluguiese al cielo que todos tomasen por norte la historia de aquel virtuoso israelita; que los padres la repitiesen sin cesar á sus hijos, y estos no se apartasen un ápice de los preciosos ejemplos que contiene! No habria por cierto tantos males en el cristianismo; las sociedades no se verían sujetas á esas espantosas revoluciones que minan los cimientos de la felicidad pública; reinaria el orden en las familias; habria paz entre los ciudadanos; no se veria ajada la autoridad de los que mandan, ni avasallada la dignidad del sacerdocio, ni allanada la propiedad, ni... ¿Pero qué es de esperar, señores, en un país en donde en vez de Rafaelos protectores de la juventud, solo se hallan mentores venales, pedagogos asalariados, que sin cuidarse de grabar en los pechos de aquellos, cuya educacion se les confia, los documentos de la Religion y de la moral cristiana, solo se ocupan en adornar sus tiernas inteligencias con frívolas especies, con conocimientos superficiales, inoculando tal vez en sus corazones, junto con las letras, el veneno de la impiedad?

Apartemos, católicos, de nuestra mente unas ideas tan desconsoladoras, y acudamos á nuestro benéfico arcángel san Rafael, implorando su protección en tantos conflictos como nos rodean. Recordemos lo que el P. san Bernardo dice en general de

todos los espíritus celestes, que son los mediadores entre Dios y el hombre; y no dudemos aplicar muy especialmente este honroso dictado al que fué escogido por Dios para representar en el mundo la imágen de su divina beneficencia. Consideremos atentamente que es un Dios omnipotente, á quien sirve y ante cuyo trono asiste de continuo, para recibir de él sus mandatos y ejecutarlos en beneficio de los mortales. Invoquémosle pues en todas nuestras necesidades. Cuando nos halláremos en los mas graves peligros; cuando nos viéremos sumergidos en las aguas de la tribulacion; cuando nos asaltaren las tentaciones con que el mundo, el demonio y nuestra carne rebelde y contumaz pretenden esclavizarnos; y sobre todo cuando el genio de la irreligion y de la impiedad intentare corromper nuestra inteligencia y abrir brecha en nuestro corazon; llamemos á nuestro protector, á nuestro guia, á nuestro verdadero amigo, y digámosle, como Tobías, cuando veía ante sí aquel pez monstruoso que le asaltó en el Tigris: *Señor, que me embiste!* Y no de otro modo que entónces lo hizo con aquel jóven, nos alen- tará, nos protegerá, nos salvará, y nos hará caminar seguros al término de nuestra peregrinacion, que es la bienaventuranza eterna de la gloria. Amen.

SERMON

DE SAN RAFAEL ARCÁNGEL.

(DE BORDOY.)

Tunc pater suus... inquire tibi aliquem fidelem virum qui eat tecum, salva mercede sua... Tunc egressus Tobias, invenit juvenem splendidum..., et vocantes eum..., tunc dixit eis.

Entónces le dijo su padre...: Búscate algun hombre fiel que vaya contigo por su salario... Saliendo pues Tobías, halló un jóven gallardo..., y llamándole..., les dijo.

Tobías, c. 5, v. 3. á 5, y c. 12. v. 5 y 6.

Gran Dios! y ¡cómo es verdad que vos sois el que fabrica y destruye, abate y engrandece, corona y castiga, salva y condena! Y si alguna vez una chusma de filósofos, indignos de este nombre, fingieron atrevidamente un Dios con los ojos vendados, cuyo gobierno no se extendia mas allá del término de los cielos, esto mas fué consecuencia originada de su corazon corrompido para lisonjear sus depravados apetitos, que no un eficaz é íntimo convencimiento nacido de la fuerza de la verdad. ¡Hombres pequeños, cuyos conocimientos se contienen dentro de una esfera tan limitada! ¿cómo os atrevéis á ceñir el poder de aquel Ser inmenso, queriendo en vuestra soberbia é ignorancia sujetarle á los estrechos límites de vuestra comprension? Pero hablemos con propiedad: cuando el corazon del hombre se halla en el estado mas alto de depravacion, ¿puede por ventura experimentar otros sentimientos? San Pablo, investigador profundo del corazon humano, estableció esta máxima, cuando escribia (1), que el hombre terreno pensará y hablará solamente cosas de tierra: y el espiritual se ocupará únicamente en cosas del espíritu. Y en efecto ¿cuándo se han visto correr aguas puras y cristalinas de manantiales impuros y hediondos? El santo idioma de la verdad no puede tener asiento sino en un corazon puro y sencillo; y el que estuviere cubierto

(1) *I. Cor. v. 14 et 15.*